



Capítulo 1

Nicholas

Cualquiera creería que, por estar tan acostumbrado a ser el centro de la atención, no me molesta la sensación de que alguien me esté mirando mientras duermo.

Pero ese alguien se equivoca.

Mis ojos se abren de golpe y veo el rostro demacrado y arrugado de Fergus a pocos centímetros de mi cara. «¡Maldita sea!».

No es una visión agradable.

Su ojo bueno me mira con un gesto de desaprobación, mientras que el otro (el bizco, que mi hermano y yo sospechamos que no es bizco, sino que está entrenado para ver en todas las direcciones al mismo tiempo) se dirige a la otra punta de la habitación.

Cada estereotipo empieza en algún sitio. Y siempre conserva un vago vestigio de verdad. Hace un tiempo que sospecho que el estereotipo del sirviente condescendiente y cascarrabias está inspirado en Fergus.

Dios sabe que el cretino es tan viejo que podría ser.

Se endereza junto a mi cama todo lo que le permite su columna vetusta y encorvada.

—No fue sencillo despertarlo. ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer? Estuve a punto de darle una patada.

Exagera. Con lo de tener algo mejor que hacer, no con que había pensado en darme una patada.

Adoro mi cama. Me la regaló el rey de Genovia cuando cumplí dieciocho años. Es una auténtica obra de arte con cuatro columnas relucientes, hecha a partir de una sola pieza de caoba brasileña tallada a mano en el siglo XVI. Mi colchón está relleno de las plumas más suaves de gansos húngaros, mis sábanas son de algodón egipcio con tantos hilos que en algunos países es ilegal, y lo único que quiero hacer es remolonear y enterrarme en ellas como un niño que no quiere ir al colegio.

Pero la palabrería de Fergus es una lija para mis oídos.

—Tiene que estar en la sala de estar verde en veinticinco minutos.

Enterrarme bajo las sábanas ya no es una opción. No me salvarán del machete de un asesino en serie... ni de una agenda apretada.



A veces pienso que soy esquizofrénico. Disociado. Posiblemente bipolar. No sería nada raro. En las familias tan antiguas como la mía, aparecen trastornados de toda índole: hemofílicos, insomnes, lunáticos... pelirrojos. Debería considerarme afortunado de no pertenecer a ninguno de esos grupos.

Mi problema son las voces. No me refiero a «ese tipo» de voces... son más bien como reacciones en mi cabeza. Respuestas a preguntas que no coinciden con lo que termina saliendo de mi boca.

Casi nunca digo lo que pienso. A veces suelto tanta mierda por la boca que creo que mis labios se teñirán de marrón. Pero es mejor así.

Porque suelo pensar que la mayoría de las personas son imbéciles de remate.

—Hemos vuelto, seguimos hablando con su alteza real, el príncipe Nicholas.

Hablando de imbéciles...

¿Quién es el hombre pequeño, pecoso y de pelo rubio que está sentado frente a mí llevando esta cautivadora entrevista televisiva? Su nombre es Teddy Littlecock. Sí, en serio, se llama «Pichacorta»... y, por lo que he oído, no es un oxímoron. ¿Os imagináis lo que habrá sido el colegio con un apellido así? Casi que me siento mal por él. Pero no.

Porque Littlecock es un periodista... y siento un desprecio particular por los de su especie. El objetivo de los medios siempre ha sido someter a los poderosos y restregar las transgresiones de los aristócratas en sus caras. En cierto modo, está bien: la mayor parte de los aristócratas son idiotas de primierísima categoría y todo el mundo lo sabe. Lo que me molesta es cuando se lo hacen a alguien que no se lo merece. Cuando ni siquiera es verdad. Si no hay trapos sucios, los medios compran unos nuevos, los pasan por mierda y los fabrican. Aquí hay una contradicción: integridad periodística.

Pero el viejo Teddy no es un periodista cualquiera: está aprobado por el palacio. Lo que significa que, a diferencia de sus corruptos, extorsionadores y mentirosos correligionarios, Littlecock tiene acceso directo a nosotros (como es el caso de esta entrevista) a cambio de hacer las preguntas más estúpidas del universo. Es desesperante.

Tener que escoger entre estúpido o deshonesto es como que te pregunten si prefieres que te apuñalen o que te peguen un tiro.

—¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Cuáles son sus pasatiempos?

¿Veis a lo que me refiero? Es como las entrevistas de *Playboy*:

«Me gustan los baños de espuma, las peleas de almohadas y largas caminatas desnuda por la playa». No es cierto. Pero el objetivo de la pregunta no es informar sino reforzar las fantasías de los tíos que se masturban mirando su foto.

Lo mismo pasa conmigo.

Sonríó y dejó insinuar el hoyuelo en mi mejilla: las mujeres se vuelven locas con los hoyuelos.

—Bueno, me gusta leer por las noches.

Me gusta follar.

Y es probable que mis fans prefieran escuchar esa respuesta. Pero el Palacio perdería la reverenciada cabeza si me ocurriera decir una cosa así.

Da igual, ¿por dónde iba? Cierto... el sexo. Me gusta largo, fuerte y seguido. Con las manos sobre un culo redondo y firme... empujando la espalda de algún bombón contra mí, escuchando sus dulces gemidos que rebotan en las paredes cuando se corre sobre mi polla. Estos dormitorios antiguos tienen una acústica fantástica.

Hay hombres que eligen a las mujeres por su talento para abrir las piernas, pero yo prefiero a las que saben cerrar la boca. La discreción y un contrato de confidencialidad mantienen mis aventuras lejos de los periódicos.

—Disfruto montando a caballo, jugando al polo, las tardes de tiro al plato con la reina.

Disfruto escalando, conduciendo tan rápido como pueda sin chocar, volando, bebiendo buen whisky, viendo películas de clase B y mis charlas mordaces y pasivoagresivas con la reina.

Esto último es lo que mantiene en pie a la vieja: mi ingenio es su fuente de juventud. Además, a los dos nos viene bien un poco de entrenamiento. Wessco es una monarquía constitucional activa

por lo que, a diferencia de nuestros ceremoniales vecinos, la corona es uno de los poderes del gobierno y, como tal, goza de decisión y participa en el Parlamento. Eso convierte a la familia real en políticos. Los políticos de más alto rango, por supuesto, pero políticos al fin y al cabo. Y la política es un asunto sucio, conflictivo y expeditivo. Cualquiera que haya estado en una pelea sabe que, si vas a llevar un cuchillo a una pelea de manos, más te vale que esté afilado.

Cruzo los brazos sobre el pecho y dejo ver la piel bronceada de mis antebrazos bajo las mangas de la camisa azul marino que llevo arremangada. Me dijeron que tienen gran aceptación en Twitter... junto con otras partes de mi cuerpo. Entonces cuento la anécdota de mi primera vez en tiro al plato. Es una de las favoritas de los fans: podría contarla estando dormido... y me siento un poco así. Teddy lanza una carcajada al final: cuando, en lugar de un plato, el mocososo de mi hermano puso un pastel de carne en la lanzadera.

Entonces vuelve a ponerse serio y se acomoda las gafas para indicar que el momento emotivo del programa va a comenzar.

—En mayo se cumplirán trece años del trágico accidente aéreo que se llevó las vidas del príncipe y la princesa de Pembroke.

Lo había visto venir.

Asiento en silencio.

—¿Piensa a menudo en ellos?

Siento el peso de la pulsera tallada en madera de teca sobre mi muñeca.

—Tengo muchos recuerdos felices con mis padres. Pero lo más importante para mí es que viven a través de los proyectos que acompañaron, las causas con las que colaboraron y las fundaciones que llevan sus nombres. Ese es su legado. Haciéndolo crecer me aseguro de que siempre serán recordados.

Palabras, palabras, palabras, charla, charla, charla. Eso se me da bien. Sé hablar mucho sin decir nada en realidad.

Pienso en ellos todos los días.

El sentimentalismo no es nuestro estilo: labio superior firme; la mirada altiva y hacia el frente; el rey ha muerto... larga vida al rey. Pero mientras que para el resto del mundo solo eran «su alteza real», para Henry y para mí no eran más que mamá y papá. Eran buenos, divertidos y auténticos. Nos abrazaban a menudo, y nos regañaban cuando nos lo merecíamos (que también era a menudo). Eran sabios, amables y nos querían con locura... algo extraño en mi círculo social.

Me pregunto qué tendrían que decir sobre lo mucho que han cambiado las cosas.

Teddy está hablando otra vez. No le estoy escuchando, pero no es necesario: me basta con oír las últimas palabras.

—¿... la señorita Esmeralda el fin de semana pasado?

Conozco a Ezzy desde que íbamos juntos a la escuela en Briar House. Es una buena chica... aunque un poco extrovertida.

—La señorita Esmeralda y yo solo somos amigos.

—¿Solo amigos?

También es una lesbiana empedernida. Un detalle que su familia quiere ocultarle a los medios. Soy su coartada favorita. El secretario del palacio organiza nuestras citas, de las que nos beneficiamos ambos.

—Los caballeros no tienen memoria —digo con una sonrisa encantadora.

Teddy se inclina hacia adelante y huele el tufillo a noticia. La noticia.

—¿Entonces hay posibilidades de que se esté forjando algo más profundo entre ustedes? El compromiso de sus padres trajo mucha

alegría al país. El pueblo espera ansioso que «Su cuerpazo real», como lo llaman en las redes sociales, encuentre a su media naranja y siente la cabeza.

Me encojo de hombros.

—Todo es posible.

Menos eso. No voy a sentar la cabeza en un futuro cercano. Littlecock puede apostar su picha corta a que no lo haré.



Cuando dejo de sentir el calor del foco que me apunta y la luz roja de la cámara se apaga, me levanto de la silla y me quito el micrófono que tengo enganchado en la camisa.

Teddy también se levanta.

—Gracias por su tiempo, majestad.

Baja levemente la cabeza, tal como lo indica el protocolo.

Asiento.

—Un placer como siempre, Littlecock.

Ninguna mujer le habrá dicho eso. Nunca.

Bridget, mi secretaria personal, (una mujer de mediana edad, robusta y discreta) aparece a mi lado con una botella de agua.

—Gracias. —La destapo—. ¿A quién le toca ahora?

A los asesores de la corona se les había ocurrido que era un buen momento para reforzar las relaciones públicas: lo que significa días repletos de entrevistas, excursiones y sesiones de fotos. Para mí, el equivalente al cuarto, quinto y sexto círculo del infierno.

—Teddy ha sido el último por hoy.

—Aleluya.

Bridget camina junto a mí por el largo corredor alfombrado que

lleva a la Casa Guthrie: mi apartamento privado en el palacio de Wessco.

—El señor Ellington llegará pronto y ya está todo listo para la cena en Bon Repas.

Ser mi amigo es más difícil de lo que creeríais. No os confundáis, soy un excelente amigo; pero mi vida es un dolor de muelas. No puedo aparecer sin avisar en un bar ni ir a la discoteca de moda cualquier viernes por la noche. Esas cosas tienen que ser planificadas, organizadas. La espontaneidad es el único lujo que no tengo.

—Bien.

Sin más, Bridget entra a las oficinas del palacio y yo a mis aposentos. Tres pisos, una cocina bien equipada, una sala de estar, una biblioteca, dos dormitorios para invitados, ala para el servicio y dos habitaciones principales cuyos balcones tienen la mejor vista de todo el palacio. Renovado y moderno, pero con colores, tapizados, porcelanatos y molduras cuidadosamente elegidos para respetar su herencia histórica. La Casa Guthrie es la residencia oficial del príncipe y la princesa de Pembroke... o quien sea el heredero al trono. Fue de mi padre antes de ser mío y de mi abuela antes de ser coronada.

Los nobles somos expertos en esto de heredar.

Camino hacia la habitación principal mientras me desabrocho la camisa, deseando el masaje caliente que hacen los ocho grifos de la ducha cuando los abro por completo. Mi ducha es una puta pasada.

Pero no llego.

Porque Fergus me intercepta en mitad de las escaleras.

—Quiere verlo —gruñe.

No hace falta decir quién.

Me paso una mano por la cara y siento cómo me raspa la sombra que ya empieza a asomar en mi mentón.

—¿Cuándo?

—¿Usted qué cree? —Fergus resopla—. Ayer, por supuesto. Por supuesto.



En los viejos tiempos, el trono simbolizaba el poder del monarca. Las ilustraciones lo representaban con el sol naciendo a sus espaldas, enmarcado por las nubes y las estrellas: un asiento digno del descendiente directo de Dios. Como el trono era el emblema del poder, el salón en el que está emplazado era la sala de operaciones del soberano. Donde se emitían los decretos, se firmaban las sentencias y donde resonaban y rebotaban contra las paredes de piedra los «que le corten la cabeza».

Eso era antes.

Ahora, las cosas suceden en el despacho real: la sala del trono se usa para visitas turísticas. Lo que ayer era el trono, hoy es el escritorio ejecutivo. Y ahora estoy sentado frente a él. Es de caoba maciza, brillante y ridículamente enorme.

Si mi abuela fuese hombre, sospecharía que está intentando compensar algo.

Christopher, el secretario personal de la reina, me ofrece un té que rechazo moviendo la mano. Es joven, tiene unos veintitrés años, y es tan alto y guapo como un actor de películas de acción. No es un pésimo secretario, pero tampoco es una joya. Sospecho que la reina lo conserva para divertirse... porque a la muy atrevida le gusta mirarlo. En mi mente lo llamo Igor, porque si mi abuela le pidiera que no comiera

nada más que moscas durante el resto de su vida, solo preguntaría «¿con o sin alas?».

Por fin se abre la puerta trasera del despacho azul y aparece su majestad la reina Leonora.

Hay una especie de monos originarios de las selvas colombianas que son los animales más adorables del mundo: son tan tiernos que dejan a los hámsteres peludos y los cachorritos de Pinterest fuera de la competición. Pero esconden unos dientes afilados como navajas y un apetito voraz por los globos oculares humanos. Los desprevenidos que se acercan atraídos por la monería de las bestias, están condenados a perderlos.

Mi abuela se parece mucho a esos monos embusteros.

Parece una viejita como cualquier otra. Pequeña, canija, con el pelo bufado y suave, manos bonitas y pequeñas, perlas brillantes, labios finos que se curvan cuando escucha un chiste obsceno, y una expresión de la sabiduría en el rostro. Pero son los ojos los que la delatan.

Gris metal.

El tipo de ojos que en los viejos tiempos hubiese hecho que los ejércitos enemigos huyeran corriendo. Porque son los ojos de una conquistadora... invencible.

—Nicholas.

Me pongo de pie y hago una reverencia.

—Abuela.

Pasa junto a Christopher sin mirarlo.

—Déjanos solos.

Me siento después que ella, con un tobillo sobre la rodilla opuesta y el brazo apoyado sobre el respaldo de la silla.

—Vi tu entrevista —me dice—. Deberías sonreír más. Antes parecías un chico tan alegre...

—Voy a intentar acordarme de fingir alegría.

Abre un cajón del escritorio, coge un teclado y teclea con más habilidad de la que podría esperarse de alguien de su edad.

—¿Has visto el informativo de esta noche?

—No.

Gira la pantalla para que pueda verla y hace clic a toda velocidad en un portal de noticias tras otro.

LAS FIESTAS DEL PRÍNCIPE EN LA MANSIÓN *PLAYBOY*.

HENRY EL ROMPECORAZONES.

CALENTURA REAL.

RICOS, FAMOSOS... Y MOJADOS.

El último va acompañado con la inconfundible imagen de mi hermano zambulléndose en una piscina... desnudo como Dios lo trajo al mundo.

Me acerco y entrecierro los ojos.

—Henry va a escandalizarse. La iluminación en esta imagen es pésima... casi no se le ve el tatuaje.

Mi abuela aprieta los labios.

—¿Te parece gracioso?

Sobre todo, me parece un engorro. Henry es inmaduro, irresponsable... un imbécil. Va por la vida golfeando, yendo hacia donde lo lleve el viento.

Me encojo de hombros.

—Tiene veinticuatro años, acaba de terminar el servicio militar...

El servicio militar obligatorio. Todos los ciudadanos de Wessco (hombres, mujeres o príncipes) están obligados a cumplir dos años.

—Terminó hace meses —me interrumpe—, y desde entonces está dando la vuelta al mundo en ochenta prostitutas.

—¿Has intentado llamarle?

—Por supuesto que sí —sisea—. Me responde, hace un ridículo sonido de interferencias y finge que no me oye. Después me dice que me quiere y cuelga.

Sonríó con los labios apretados. El mocoso es ocurrente... eso se lo reconozco.

Los ojos de la reina se oscurecen como si se avecinara una tormenta.

—Está en Estados Unidos, en Las Vegas, y planea irse pronto a Manhattan. Quiero que vayas y lo traigas, Nicholas. No me importa si tienes que arrastrarlo de los pelos y meterlo en un saco, este niño necesita poner los pies en la tierra.

He estado en casi todas las ciudades importantes del mundo: y de todas, Nueva York es la que más odio.

—Mi agenda...

—Ya está todo reorganizado. Mientras estés allí, irás a algunos compromisos en representación mía. Yo tengo que quedarme aquí.

—Me imagino que estarás en la Cámara de los Comunes, ¿no? Alguien tiene que convencer a esos imbéciles de que hagan su trabajo.

—Me alegra que saques el tema. —Mi abuela se cruza de brazos—. ¿Sabes lo que le pasa a un monarca que no tiene una línea de sucesión estable?

Entrecierro los ojos.

—Estudí Historia en la universidad, por supuesto que lo sé.

—Ilumíname.

Me encojo de hombros.

—Sin una línea de sucesión clara, podría haber un golpe al trono. Discordia. Una posible guerra civil entre casas que ven la oportunidad

de ascender. —Se me erizan los pelos de la nuca y comienzan a sudarme las palmas de las manos. Esa sensación que te invade cuando estás en la cima de una montaña rusa. Tic, tic, tic...—. ¿Adónde quieres llegar con esto? Hay herederos. Si Henry y yo morimos en una catástrofe, está el primo Marcus.

—El primo Marcus es un imbécil. Se casó con una imbécil. Sus hijos son imbéciles por partida doble. Nunca reinarán sobre nuestro país. —Se acomoda las perlas y levanta la nariz—. En el Parlamento se comenta la idea de convertirnos en una monarquía ceremonial.

—Siempre va a haber comentarios.

—Esta vez es diferente —dice tajante—. Están retrasando la legislación comercial, crece el desempleo, bajan los salarios. —Golpea la pantalla—. Estos titulares no ayudan. El pueblo está preocupado porque no sabe si va a poder comer mientras el príncipe se pasea por hoteles de lujo. Ahora tenemos que darle algo bueno a la prensa. Tenemos que darle al pueblo algo que celebrar. Y necesitamos demostrarle al Parlamento que tenemos las cosas bajo control y que, si no se comportan, los pondremos a raya.

Asiento. Estoy de acuerdo. Como una estúpida polilla que vuela hacia las llamas.

—¿Qué te parece una jornada de orgullo nacional? Podríamos abrir los salones, organizar un desfile... —sugiero—. Al pueblo le encantan esas cosas.

Se da golpecitos en la barbilla.

—Yo estaba pensando en algo... más grande. Algo que llame la atención del mundo. El evento del siglo. —Sus ojos brillan solo de pensarlo, como los de un verdugo antes de blandir el hacha. Y entonces el hacha cae—. La boda del siglo.